

## 10. Calle Mira el Cielo

Corría en el calendario el mes de febrero del año 1928, cuando Evelio Rojas, a la sazón joven galeno en el prestigioso Hospital Alfonso XII, sufrió una descomunal depresión que le duró tres meses y le aportó litros de lágrimas que, no supo entonces por qué, fue guardando en un antiguo barrilito de madera que antaño había contenido vino. Tamaña desesperación se debía a que una mujer pelirroja y tierna como una manzana, a la que había amado siempre en silencio, había emigrado a Australia con el cazador de mariposas con el que se había casado, después de que este, una tarde en el campo, la hubiera dejado encinta. Pero no todo le fue mal a Evelio Rojas a partir de entonces, sino más bien al contrario, pues tuvo, poco tiempo después de aquella pérdida sentimental, mientras seguía trabajando como doctor, la feliz idea de montar lo que muy pronto llamó, con sencillo orgullo, el primer lloratorio español.

El lloratorio lo instaló Evelio Rojas en un amplio local, una antigua panadería cerrada, de una calle llamada entonces del Desengaño, no muy lejos de la actual plaza de Felipe VIII, de Madrid, a finales de 1928. «Las lágrimas son algo higiénico, algo que se produce continuamente y que necesita evacuación, como el semen en el hombre o la menstruación en la mujer», aseguraba Evelio, aquellos días en que preparaba las instalaciones, a los amigos que le escuchaban todavía, después de ver que había llenado casi del todo de lágrimas, tristes y profundas, aquel antiguo barrilito que, por cierto, no pudo luego utilizar como quería por haberse contaminado estas del olor vinícola impregnado en la madera. «Porque no se trata-

rá sólo de un establecimiento al que se asistirá para lograr cierta catarsis interior reparadora, sino que aquí se vendrá a llorar, pues esa es, ahora, la manera más rápida y precisa de fabricar lágrimas humanas», decía Evelio, para que Fleming, sí, el mismo Alexander Fleming, pudiera recibir en su laboratorio de Londres, puntual y continuamente, suficientes bidones de lágrimas puras. Así cultivaría, gracias a la *lisozima* (descubierta por el propio Fleming ocho años antes y que era generada, entre otras cosas, por las lágrimas humanas), grandes cantidades del hongo *penicillium notatum*, que muy pronto comenzaría a utilizarse para paliar enfermedades como la neumonía, la sífilis, la tuberculosis y la gangrena, hasta entonces del todo incurables, como en nuestros días es aún el sida.

Ahora es justo hablar de las tres etapas o temporadas que vivió el lloratorio de Evelio Rojas, a cada cual más interesante y fascinadora. En la primera época, la más dura, con poca gente todavía, para causar el llanto, Evelio (que seguía ejerciendo como médico, sobre todo por las noches, en el Hospital Alfonso XII) ponía siempre una música triste y monótona. Como diligente empresario que era, tenía, en las diez habitaciones del local, libros trágicos de todas las civilizaciones y culturas, traducidos al castellano, con profusas ilustraciones en sepia: *Eugenio Onegin*, *Historia de la horca en el lejano oeste*, *Anna Karenina*, *Las hoces impasibles de China*, *La dama de las camelias*, *El criador de cuervos acorralado*, *Clarisa*, *La Quimera del dolor*, etc. Y procuraba tener, además, poca luz hasta en los pasillos, y propiciar un intenso ambiente de funeral continuo, que lograba con lirios y con incienso quemándose en los rincones. Pero también, sobre todo muy al principio, contrataba a plañideras, eventualmente, para que hablaran a la gente que venía a llorar un poco, contando sus hipotéticas penas, actuando sobremanera, incrementando así el llanto general.

Tan general era el llanto, en la primera temporada del lloratorio, que lloraban todos, en grupos de siete u ocho personas, lo mismo mujeres que hombres, en grandes palanganas comunitarias de hojalata dispuestas, en cada habitación, en el centro de un grupo de sillas. Lo hacían así, todos a un recipiente común, porque el doctor Rojas pensaba que de este modo llorarían más, ya fuera por envidia, por compasión o por empatía. Y, a cambio de este desahogo, Evelio pagaba a todos lo mismo (una peseta, qué pena de recompensa, dirá alguno), al final de la jornada, hubieran llorado lo que hubiesen llorado.

A cada poco, Evelio Rojas debía extraer, de las palanganas comunitarias de hojalata, una garrafa de cristal llena de lágrimas que, primero, tenía que purificar y cribar bien con un colador de tela, para dejarlas ya luego en bidones de latón. Y, claro, no era capaz de estar en todas las habitaciones a tiempo, pues no tenía todavía ayudantes. De modo que alguna palangana comunitaria acabó por rebosar más de una vez, con el consiguiente desánimo para los que la habían colmado (que lloraban por la irreparable pérdida de sus lágrimas, rodando por el suelo). Y les abatía el lógico desconsuelo, también, a quienes no habían hecho rebosar su palangana comunitaria de hojalata, que lloraban más todavía de envidia llorona. Eso, y que empezaron a protestar algunos, vanidosos de sus lágrimas, porque no podían estar allí todo el día, esperando a que pagaran a todos por igual, habiendo llorado más que otros, movió a Evelio a tomar medidas: al llegar al lloratorio se ofrecería, a quien la demandase, una palanganita de porcelana individual, para llorar tranquilamente. Aunque, todo hay que decirlo, a lo largo de la vida laboral del lloratorio, siempre se encontraría Rojas con gente que seguía prefiriendo llorar en grupo, en la palangana comunitaria de hojalata, sin importarle mucho la cantidad de sus lágrimas.

Evolucionando en el lado económico, Evelio, que había dejado ya su empleo en el Alfonso XII, pudo calcular, mientras venía cada vez más gente a llorar en las pequeñas palanganas individuales, que, aproximadamente, medio litro puro de lágrimas tardaba en llorarse unas cuatro horas, minuto arriba minuto abajo (eso sí, sin distraerse de la pena en cuestión). De manera que, pagando a una peseta cada litro, era rentable el resultado en la contabilidad; teniendo en cuenta que a él se lo abonaban a cinco pesetas el litro, de las que descontaba el transporte y los bidones de latón, que siempre se quedaban en Londres, amontonados a las afueras de la ciudad. (En 1999 muchos de estos bidones fueron aprovechados para construir edificios ecológicos.)

No obstante, pronto tuvo algunos problemas el lloratorio, aun en su primera etapa, pues Fleming, bastante apesadumbrado, le comunicó a Evelio Rojas que las lágrimas recibidas desde el primer lloratorio español no eran todavía, a pesar de las medidas, demasiado puras, pues contenían saliva y mucosidades, además de algún trozo de uña o algún vello de ceja o de pestaña, pues todo esto caía a la palangana, ya fuera comunitaria o individual, daba lo mismo. Y le instó Fleming, en vista de que recibía mejores lágrimas de otros lloratorios europeos, a que cambiara, por favor, de método de recogida de lágrimas.

Por eso, con la ayuda de un famoso cirujano de entonces, amigo suyo, llamado José Trueta, y con el consejo, también, del propio doctor Gregorio Marañón, Evelio inventó una suerte de prótesis. Se trataba de una especie de gafa-mascarilla transparente (hecha con la estructura sin cristales de unas gafas de sol baratas), que recogía las lágrimas que caían directamente sobre las ojeras, bajando por dos tubitos de goma cuyos cauces desembocaban en uno solo después, y luego este en un recipiente cerrado herméticamente: una

botella de cristal de litro a la que llamó *lagrímetro*. Las lágrimas se depositaban, puras y casi sin pecado, en esas botellas que luego Rojas metía directamente en cajas de madera, cuyo manejo, almacenaje y transporte era más fácil que el de los bidones de latón. Cosa que le gustó mucho a Fleming porque pudo continuar, sin descanso, con purísimo empeño, con sus proyectos, gracias a las lágrimas españolas, de inmejorable calidad ahora.

Rojas patentó el invento en 1935 y comenzaron a utilizarlo casi todos los lloratorios europeos: el de París y Le Havre, el de Roma y Florencia, el de Amsterdam, el de Ginebra y hasta los que se encontraban repartidos por todo el Reino Unido. Así comenzó la segunda etapa del lloratorio, con un porcentaje altísimo de afluencia de gente, lo cual conllevó muchos cambios, a todos los niveles, en la vida de Evelio Rojas. Pronto empezó este a regalar la gafa-mascarilla a quienquiera que frecuentara razonablemente el lloratorio, por lo que todo el mundo allí parecía medio médico con esa especie de fonendoscopio, pues al estilo de este caían los tubitos por la cara y el cuello y se unían en el pecho al *lagrímetro*.

Por supuesto, lo único que estaba prohibido en todo el lloratorio era reír: no se podía, no sólo porque lo exigiera la norma en un amplio cartel colocado en cada habitación, sino porque allí se iba a llorar: para reír ya había bastante mundo afuera, mundo poco dadivoso por cierto, pues no pagaba nada por las sonrisas, lo cual conminaba a todo el mundo a llorar más y más en pos del *penicillium notatum*.

Se había corrido la voz y todos, en Madrid y alrededores, al principio, y luego incluso en otras ciudades como Valencia, Sevilla o Barcelona, querían venir a ver qué era eso del lloratorio. Y se adentraba la gente, por primera vez, sin saber si iba a llorar o no. Pero, como no había que pagar nada, sino,

al contrario, cobrar todo lo que se llorara, casi todo el mundo acababa llorando algo, aunque fuera poco. Y así, casi sin darse cuenta, todos iban animándose a llorar cada vez más, viendo a los llorones veteranos, que lloraban de lo lindo. Entre estos últimos había lo que se dice una legión de museo: mujeres quejicas que lloraban hasta tres y cuatro litros al día, lo que les permitía subsistir entonces casi del llanto; viudos jóvenes que habían perdido a sus mujeres en dolorosos partos sin epidural; muchachas enamoradas de un cantante famoso inalcanzable; ancianas hartas de llorar en soledad o acompañadas de su gato; hombres con problemas de comunicación o con defectos estéticos horribles (o irrisorios) que les preocupaban sobremanera; madres jóvenes que no lograban defenderse bien con sus bebés llorones a los que también llevaban para que lloraran un poco allí, en provecho general; una viudita, joven y delicada, cuyo marido había muerto por el pinchazo de una rosa; funcionarios destinados a Santiago de la Espada (un pueblecito, perdido de la mano de Dios, entre Jaén y Albacete), adonde no querían irse abandonando a su familia en Madrid; ancianos que se amargaban la vida por no poderse comprar todos los sombreros y gorros de una tienda que los exponía muy bien en su gran escaparate; gente nihilista y casi sin remedio y algunos niños monísimos que sufrían de *lagrimonía*, lo cual les llevaba a llorar dos litros en menos de una hora, todo un récord que apenaba mucho a los otros, y que, por tanto, les instaba a llorar más. En definitiva, un ejército de enfermos de llanto que, en vez de curarse con el beneficio doble que con ello sacaban (la catarsis y la recompensa económica), se afanaban en llorar más cada vez y se marchaban del lloratorio con el *lagrímetro* puesto para continuar llorando en casa, en los solitarios parques por la noche o incluso en la calle, de día, paseando entre la gente de a pie, tan feliz y tan poco llorona.

Ni siquiera con el caprichoso paso de los años se olvidó Evelio Rojas de un hombre, un gordo muy viejo, que llegó a llorar en un día algo más de diez litros y que ganó, por tanto, diez pesetas. De manera que fue tal su alegría y su consuelo, que no lloró más en toda su vida, más que nada porque murió de una indigestión, al día siguiente, por haber intentado comerse, de una sola sentada, los dieciocho kilos de magdalenas que compró con aquel dinero. Así que, después de aquello, la gente que conoció al gordo llorón, por haberlo visto lagrimear de aquel modo en el lloratorio, aconsejaba por lo *bajini* a los que recién llegaban allí que no compraran muchas magdalenas, y que lloraran sin más, sin celebrarlo luego.

Celebrarlo, poco, lo celebraron los psiquiatras de Madrid, el éxito del lloratorio, porque veían que sus antiguos pacientes fijos, en vez de gastarse el sueldo en llorar sus penas en los divanes psicológicos, las lloraban en el famoso lloratorio y, además, ganaban dinero. Porque muchos de aquellos acostumbrados pacientes naturales de los psiquiatras, es cierto, ahora iban al lloratorio a pasarse horas y horas llorando para quedarse así completamente desahogados al acabar el día. Y prometían, al marcharse sonrientes ya de noche, volver pronto, en cuanto encontraran otra pena para sollozar, que en ocasiones tardaba y en otras no. Porque para ellos, hasta no poder llorar era ya penoso, y a lagrimear volvían, por no saber hacer otra cosa para desahogarse, otro día más, y así sucesivamente.

Tan inquietante era la puntualidad con que Evelio mandaba siempre sus millones de lágrimas puras, que incluso Fleming derramaba, de vez en cuando, algunas lágrimas, emocionado, por toda esa gente que tanto lloraba para salvar al mundo lleno de enfermos. Enfermos que les daban a los llorones infinita fuerza para llorar más y más, conformando

así un ciclo perfecto, pues los llorones lloraban por los que morían, y los que parecía que iban a morir necesitaban de los llorones para sobrevivir.

A todo esto, Evelio no lloraba mucho, y si lo hacía, no se ponía unas gafas con *lagrímetro*, sino que se limpiaba las lágrimas con un pañuelo de hilo que siempre llevaba y las escurría directamente en la palangana comunitaria de hojalata que pillara más a mano (que todavía existían, lo mismo que algunas palanganas de porcelana individuales, pero menos, porque requerían de una depuración casi química que tenía que ordenarse luego en un laboratorio ajeno). Hasta que, casi sin proponérselo, Evelio, que aún no había pensado en casarse, a sus treinta y cinco años, se aficionó a escurrir unas pocas lágrimas suyas en la palangana de porcelana individual de alguna mujer, joven, en la mayoría de las ocasiones, que hubiera llorado algo aquel día, aunque no tanto como hubiera querido, quizá por ser primeriza en el lloratorio.

En una de aquellas muestras de solidaridad, sin ir más lejos, conoció a la que sería la madre de su único retoño, Felipe Rojas, que vino al mundo en 1941, en plena posguerra. Sin embargo, fue un matrimonio que duró poco, quizá porque, por más veces que lo intentaron (habida cuenta de que el lloratorio era ya un negocio más que rentable, demostrada ya la eficacia de la penicilina para tratar enfermedades hasta entonces incurables), no pudieron tener más hijos, y se murió ella, de pena, a finales de 1949. Así la vida llevó a Evelio a quedarse solo con su hijo, a quien protegió y educó con la infinita alegría de que es capaz un buen padre, «porque la vida, esta noria de aire tan dolorosamente maravillosa (así se lo decía Evelio, en los días grises, a Felipe), debe continuar girando, pase lo que pase».

La tercera y última etapa del lloratorio la recuerda Felipe Rojas muy bien. Desde muy niño, vio cómo la afluencia de

gente al lloratorio era tan intensa que su padre tuvo que empezar a dar cita, hasta que pudo ampliar el local, comprando nueve casas contiguas a este. Viviendas que poco a poco fue habilitando, para lograr mantener el lloratorio más grande de Madrid, además del pionero, porque luego otra gente instaló otros, que tampoco funcionaron mal, pero ninguno como el del padre de Felipe Rojas.

Con todo, los últimos años del lloratorio de Evelio (donde el litro de lágrimas puras se pagaba ya a doscientas pesetas) fueron poco emocionantes, pues se convirtió en una gran empresa, con muchos empleados. A Evelio, considerado ya viudo fijo, se lo veía menos frecuentemente entre los que lloraban cada día en las cada vez más numerosas y mejor acondicionadas instalaciones de aquel lugar donde estaba prohibido reír. Así las cosas, cuando Alexander Fleming murió en 1955, algunos pensaron que el lloratorio dejaría de tener sentido, quizá porque el científico y su proveedor español de lágrimas ya no podrían sentirse el uno tan cerca del otro. Mas no fue eso lo que pasó. En los años inmediatos continuó funcionando eficientemente el lloratorio, aunque el propio Evelio Rojas no estaba ya casi nunca en las nuevas instalaciones. Nemesio, Bernardo, Amalia y la hermana Silvia lo veían siempre, durante los primeros años sesenta, ya un poco mayor, dedicándose a pasear por la plaza de Felipe VIII y por otras de Madrid durante toda la mañana.

Salía mucho Evelio Rojas en las revistas (que lo llamaban ya *El viudo de España*) y en los periódicos (sobre todo en *ABC*). También acudió algunas noches a que le hicieran entrevistas para la televisión, y muchas tardes se le escuchaba por la radio, en debates científicos y en interviús que empezaban siempre con la misma pregunta: «¿Quién no ha llorado alguna vez con Evelio Rojas?».

Pero todo aquello se acabó porque Evelio se jubiló en el

año 1965, y su hijo, al que siempre le había parecido el lloratorio demasiado tétrico y contrario a su carácter, lo cerró y vendió todos los locales, menos uno, en el que instaló un centro de risoterapia. Aquel mismo año Felipe Rojas se casó con una joven, de buena familia (que trabajaba entonces como contable en el hotel Orión), y tuvieron, en enero de 1970, una hija preciosa, rubia y de ojos verdes, a la que pusieron el nombre de Mónica.

★

Lo feliz que ha sido Evelio Rojas con su nieta, hasta que, en 1994, se murió de viejo, eso no lo hemos sabido hasta hace unos días, y con qué suntuosa cantidad de detalles, ya que Mónica Rojas —ex profesora y, desde hace poco, cotizada periodista— se ha decidido, por fin, a publicar las memorias de su abuelo: ese hombre tan bueno, que tanto bien hizo dejando llorar al mundo.

Ella es la que atraviesa ahora esta calle. Es una treintañera rubicunda y rolliza como una modelo de Rubens, de labios pintados de avellana y ojos verdes como un lago sin cisnes. Viste un conjunto de falda y jersey marrón y se dirige al centro comercial y de ocio, donde tiene una cita. Bajo el brazo derecho, Mónica lleva el libro *Evelio Rojas: Memorias de un optimista*.